

Imeldo Alvarez en su libro *La novela cubana en el siglo XX* cuando analiza la narración que busca en el pasado sus motivaciones: «Los temas históricos (son) abordados con la visión revolucionaria de nuestra ideología». Es posible que Menton sitúe esta ladera novelística cubana en el acápite «escapismo», pero lo que apuntan Imeldo Alvarez y Retamar es cierto, si bien parcialmente. Si no con «nuestra ideología» —ello es más complicado y se enredaría en el amasijo de las teorizaciones—, no hay duda de que el pasado es abordado con la perspectiva otorgada por la revolución o por la idea socialista. No pocos escritores de la Europa comunista apelan a esta óptica para no mentir, para no traicionarse a sí mismos. Porque mediante la perspectiva la revolución recupera sus raíces, vuelve a su esencia de acto grandioso de justicia social, no se ha maculado aún en la pesadilla de su ejercicio. De ahí que sin sonrojos el escritor pueda aferrarse a ella. Pero está haciendo trampa, porque no es lo mismo la idealización de una revolución que su realidad. Viéndola en perspectiva, la aísla de sus contingencias históricas, no conservando de ella sino la pureza de sus principios. Es un puro idealismo. Y, justamente por tratarse de un subterfugio, el procedimiento no es válido para definir una literatura. Como no lo es tampoco la épica, tan socorrida en el mundo del «socialismo real» y que se enlaza de manos con la perspectiva. Ambas son como tablas de salvación en medio de un naufragio. Porque lo cotidiano, lo simple y lo presente es la sepultura del ánimo revolucionaria. Se le cae el ropaje heroico, deslumbrante, y se le ve la piel reseca o los puros huesos. O, en el mejor de los casos, se contempla un cuerpo igual a tantos otros. Y sin embargo, aquí está lo legítimo, lo que sí nos da la media para apreciar, semánticamente, el carácter revolucionario de una literatura.

Quizás por ello la que brota en México en torno a la lucha contra Porfirio Díaz y Victoriano Huerta puede denominarse así con mayor justicia. Obras como *Los de abajo* o *El águila y la serpiente* son más acreedoras de este calificativo, pues ellas proyectan una imagen no edulcorada y por lo tanto más exacta de la revolución. No buscan pregonar sus bondades sino enseñarlas en su caótico, contradictorio, convulso devenir. Difícilmente ningún sistema marxista toleraría un héroe como Demetrio, el protagonista de la novela de Azuela, a quien cuando se le preguntaba por qué está en la revolución (que en la jerga popular era «la bola»), deja caer una piedra por un barranco y comenta: «No se puede parar»; o capítulos como «La fiesta de las balas» en el casi testimonio de Guzmán, donde Rodolfo Fierro, uno de los principales lugartenientes de Pancho Villa, asesina, él sólo, a 300 federales por el mero placer de probar su puntería con la pistola. El rostro de la revolución no pocas veces es espeluznante (*El Dr. Zhivago*, de Pasternak, *El año desnudo* de Pilniak) y en estas obras ejemplares está expuesto con hiriente intensidad.

Concluyendo, las nada poéticas estadísticas nos dicen lo siguiente: que entre 1959 y 1980 se publicaron en Cuba 85 novelas debidas a autores nativos. De ellas únicamente 20 poseen asunto revolucionario, entendiendo por tal no sólo el registro de «la vida social e individual» de los cubanos desde el arribo al poder de la revolución, sino asimismo la refracción de la lucha contra Batista durante todo —en el decir de Mañach— «septenio sombrío» que duró (1952-1959), tanto en las ciudades como en el campo, aunque —y es sintomático— Imeldo Alvarez reprocha que la contienda guerrillera en la Sierra Maestra «... no fue, sin embargo, estímulo suficiente para la mayoría de nuestros narradores». Sería interesante desentrañar el por qué de este fenómeno, ya que, indudablemente, como tema, como

fábula, la acción guerrillera en las montañas es fascinante y de muy ricas posibilidades narrativas. Pero nos tomaría un tiempo demasiado largo analizarlo. Baste, pues, apuntar que entre las causas que han impedido su tratamiento novelesco se halla la sacralización de la revolución. Su historia ya no se puede escribir como fue sino como debió ser, o como se quiere que sea.

Cabalgando otra vez sobre los números: alguien podría objetar que en los primeros años era imposible que se escribiera acerca de una sociedad que se estaba edificando, y las referencias a la insurrección tenían un límite —si bien el lamento de Alvarez parece alertar que no es así; aún hay tiempo para acometer la épica serrana. Tomemos entonces la producción novelística entre los años 70 y 80, a partir de que ya han pasado diez años del éxito de las armas rebeldes y se puede decir que el nuevo régimen está perfilado. En ese lapso se editan 37 novelas, de las cuales 25 no son de temática revolucionaria, con el añadido de que las 12 restantes están escritas por sólo 7 autores, correspondiéndole 4 a un escritor único.

Me acerco al final, pero antes quisiera traer aquí el juicio que sobre este espinoso asunto tiene el ensayista y profesor de la Universidad de Yale, Roberto González Echevarría. En un artículo titulado «Criticism and revolution in Cuba», expresa categóricamente: «The literature of the revolution has not been, as the ideologues (and the bureaucrats) have wished, one that portrayed the process of social change...». Y rastreando los posibles motivos de ello, agrega: «Significant modern literature tends to be inortodox in relation to the avowed ideology of any given society, even when that ideology cloaks itself in revolutionary rethoric».

Tampoco estaría de más recordar lo que Gramsci afirmaba de la verdad: que era revolucionaria. Por tanto para que una literatura sea revolucionaria debe ser verídica, como condición insofrendable. Pero lamentablemente las jerarquías cubanas, los ideólogos y burócratas mencionados por Echevarría, no permiten la verdad, sino que sólo conceden a los escritores *su* verdad.

No obstante, más definitiva que estas apreciaciones y que las cifras aportadas por mí, quizás sean la ardiente alocución con que mi amigo Imeldo Alvarez clausura su libro:

*Día llegará —predice—, seguro, en que tendremos una novelística de numerosas primeras figuras; una novelística que no refleje sólo el pasado, o lo que muere de él, lo viejo en proceso de cambio, sino —abórdese el tema que se aborde— la idea del socialismo y la visión trascendente de los constructores.*  
(La cursiva es mía).

Termino, pues, como empecé: formulando y formulándome la pregunta que encabeza estas cuartillas: ¿existe una novela revolucionaria cubana?

CÉSAR LEANTE  
Gobernador 29, 4.º A  
28014 MADRID

# Las novelas de José Luis Sampedro

Aunque no se prodigue demasiado, su figura es conocida en los actos sociales como la de un erudito un poco desgarbado y distraído. Suele llevar una carterita de mano, cabellos cortitos donde le quedan y lente apropiadas a su contorno fácil. Realmente se trata de un antiguo profesor de economía que posteriormente pasó al Servicio de Estudios del Banco Exterior, tal vez de la mano de su colega Martínez Cortiña y que ocupó una plaza de Senador a instancias del propio Rey de España. Se trata de José Luis Sampedro, un barcelonés que se declara nacido en 1968 y muerto en 1977, aunque nació algo y todavía reflexiona incluso a través de las ondas, conferencias, artículos y obras literarias de la más variada índole.

Pero aquí viene, o le traemos, como novelista, autor de, por ahora, cinco títulos de la mejor factura en el ámbito de la narrativa escrita en castellano, resumen de su obra escrita a la que hemos de añadir la incursión en el mundo de la escena con títulos originales como «*La paloma de cartón*» que le valió el Premio Nacional de Teatro y «*Un sitio para vivir*» que ya anticipaba ideas sobre el desencanto social ante un desarrollo industrial poco humanizado y armónico.

## «El río que nos lleva», o la aventura

Escrita y publicada por vez primera hace más de veinte años, «*El río que nos lleva*»<sup>1</sup> fue la primera novela de José Luis Sampedro. Vio la luz en plena sequía cultural, época en que aún se combatía desde determinados ministerios al comunismo, la masonería y el judaísmo internacionales como horribles males para la Patria Española y momento en que la censura aún hacía de las suyas, lo que vino a suponer precisamente para este título una prohibición poco explicable hoy para su adaptación al cine y una limitación para su edición literaria. Pese a la limitación el editor Aguilar llevó la obra a las librerías por suponerle un valor de primera mano y descubrir en Sampedro un importante autor que el tiempo va confirmando de forma vigorosa.

Hombres de roca y dinamita transitan por las páginas de esta novela, laberinto de pasiones en medio del mundo de la aventura y gracias a la ardorosa tempestad de ese río que transporta solitarios de la más variada historia humana. Pero si dicen que *El río que nos lleva* nació como un retazo autobiográfico del propio José Luis Sampedro que «hace cincuenta años, en el dieciochesco paisaje de Aranjuez, se encontró un día el río Tajo entarimado por miles de troncos. Unos hombres extraños, empuñando largas varas con un hierro de lanza en la punta, se afanaban sobre aquel sendero flotante y pastoreaban el pinar hacia su destino». Los hombres con largas varas culminadas en forma de lanza son los gancheros,

<sup>1</sup> JOSÉ LUIS SAMPEDRO: *El río que nos lleva*. Ediciones Alfaguara. Madrid, 1982. 438 págs.